

mismos que se los acababan de dar, se echó mano al bolsillo, diciendo:

—*¡O demous leve!... Tomalos, tomalos, que á declaración inda no está posta* (1).

Los asaltantes, que en efecto no eran otros que los Bouzas, que habían salido detrás de don Rosendo, y por el atajo de la orilla del río se le habían adelantado, al comprender por las últimas palabras del cirujano que éste les conocía, echaron á correr monte abajo sin recatarse, dejando en paz á don Rosendo, que poco después llegaba á Puenteareas con sus treinta duros y los guardaba muy contento con otros frutos de otras infamias.

(1) ¡El demonio os lleve! Tomadlos, tomadlos, que la declaración todavía no está puesta.

EL MILAGRO AL REVÉS

—Buenos días, señorito—me dijo el peatón al llegar á los espinos de Piedras del Agua, donde le estaba yo esperando sentado á la sombra.

—¡Hola, Juan! buenos días,—le contesté.

—Ya estamos acá,—continuó diciendo mientras forcejeaba por sacar unos papeles del bolso de la chaqueta.

—Que sea enhorabuena, hombre,—le dije yo alargando la mano para cogerle el correo.

—¡Calla! ¿Pues quién le dijo á usted que yo me había acomodado?—me preguntó muy sorprendido.

—¡Ah! ¿Te has acomodado?—le pregunté yo á él con igual sorpresa.

—¡Ah!... ¿Usted no lo sabía?... Como me dijo usted «que sea enhorabuena», creí que sabía usted que me había casado el miércoles.

—No sabía nada. Te dije «que sea enhorabuena», porque tú dijiste «ya estamos acá»; quise decirte que vinieras enhorabuena; mas ahora que sé que te has casado, te doy la enhorabuena formalmente.

—Muchas gracias, señorito.

—¡Vaya, hombre!... Aunque no sea más que por el valor de reincidir... porque me parece que eras viudo. ¿Verdad?

—Sí, señor, sí: viudo estaba hacía ya dos años; y como la otra vez no le había ido á uno del todo mal y parecía que así solo no se hallaba uno, dije para mí: ¿qué podrá ser que no sea?... Vamos allá otra vez á ver cómo pinta.

—Bien hecho, hombre, bien hecho... ¿Y con quién te has casado?

—Allí con una moza que usted no la conocerá regularmente, hija de un vecino que le llaman el tío José Madruga.

—¡Hombre, buen apellido!

—No, señor, no es apellido: se lo llaman de muete.

—Lo mismo da; para el caso viene á ser lo mismo, y mejor, si un poco me apuras; porque siendo apellido, habría sido mote de sus antepasados y denotaría que éstos eran madrugadores; pero siendo mote no heredado, sino personal, da á entender que él es el que madruga; y ya sabes lo que dice el refrán: que al que madruga Dios le ayuda...

Y claro que, madrugando el padre, también madrugara la hija, ¿eh?

—Pues no crea usted que es descuidada, no; que otras habrá menos despiertas... Quiere decirse que tampoco es ya ninguna niña; porque como yo también voy siendo ya entrado, me dije, digo: ¿cómo me voy á casar ahora con una rapaza?... Y la busqué ya talludica.

—Bueno, hombre, bueno; pues que sea para servir á Dios y por muchos años.

—Usted los vea, señorito; y se agradece el buen deseo... Que no crea usted que todos le dicen á uno lo mismo... porque nunca faltan malos quererres y envidias, y uno y otro...; y como quiera que la chica tiene buena hijuela para el día de mañana que mueran sus padres, no ha faltado en el pueblo quien decir: «¡Mira quién se la ha ido á llevar!...» Porque además, la muchacha es espabilada y buena por todos conceptos; y si no se había casado, primero era porque, vamos, como guapa, no es guapa, que todo se ha de decir; y además el tío José Madruga tampoco era rico hasta el año pasado que heredó á una tía suya que murió sin descendencia... Pero, lo demás, ella lista es muy lista... como que por parte de madre es nieta del tío *Fonsín* que en paz descansa, á quien usted, aunque no le conociera, acaso le habrá oído nombrar...

—No diré...

—Pues parece mentira, porque era muy nombrado y era... vamos, un hombre muy *celebre* y muy listo... que sentía crecer la hierba... Todavía me acuerdo yo algo de él; pero además he oído contar unas cosas más graciosas, que, vamos, lo mismo que de imprenta...

—¡Hombre, hombre! Cuéntame alguna de esas cosas graciosas que has oído tú contar del tío Fonsín...

—¿No ha oído usted contar lo que le pasó una vez con el señor cura?

—No; pero lo oiré ahora. Siéntate un poco aquí, en el antepecho del puente, y cuéntamelo.

—¡Colle! Es que para contarle bien es muy largo, y como llevo la correspondencia del Ayuntamiento, si me entretengo tanto por el camino dirán que...

—No hagas caso, Juan... ¿Crees que los otros correos andan más de prisa y con más puntualidad que tú?... Pues no lo creas. Todos van así al símil. Con que siéntate y cuéntame esas cosas del tío Fonsín que son lo mismo que de imprenta.

—Pues verá usted—continuó Juan, sentándose perezosamente:—el tío Fonsín era un hombre chiquitico, pero listo como un pensamiento... Me acuerdo que tenía una perrica negra muy gafa, y como teníamos

que pasar por delante de su casa para ir á la escuela, siempre nos ladraba, y nosotros la tirábamos piedras, y salía el tío Fonsín tras de nosotros llamándonos picarucos, bribonzucos, libertadines, y diciendo que no teníamos vergüenza ni quien nos la pusiera... Y una vez por ir corriendo tras de nosotros muy furioso, se le rompió una madreña en medio de la calle, y tuvo que volver para casa á pata cojina después de haber cogido unas buenas chapinadas de barro...

—¿Y qué fué lo que pasó con el señor cura?...

—Ahora voy: verá usted... Yo no sé si usted conoció al señor cura viejo de mi lugar, al *entrecesor* de éste que tenemos ahora... y Dios nos le conserve... porque no agraviando á nadie, es muy buen señor... También el otro era bueno, también... ¿Le conoció usted?...

—No, no le conocí; pero es lo mismo: sigue.

—Pues era un señor alto, moreno, de nariz aguileña, con el pelo blanco, blanco del todo, y muy bueno, como le he dicho á usted, muy limosnero y muy campechano... Y si se ponía á *pedricar*, no crea usted que había quien le echara el pie *alante*... Porque decían que era un señor muy estudiao; pero se le pasaban algo las cosas.

Y una vez, un domingo, diz que se puso á *pedricar*, explicando el Evangelio del día, que hablaba de la multiplicación de los panes y los peces, vamos, del milagro que hizo Nuestro Señor en el monte, cuando había mucha gente sin comer, y... yo no sé él cómo lo contaba... Usted sabrá cómo fué...

—Sí, hombre: que una gran multitud había seguido al Señor á un despoblado por oír su doctrina, y cuando se iba haciendo tarde, los apóstoles le dijeron que mandara marchar á todas aquellas gentes para que se fueran á los pueblos donde pudieran hallar de comer. El Señor les dijo que les dieran ellos de comer allí, contestándole los apóstoles que no había más que cinco panes y dos peces, y que aquello no era nada para tan gran muchedumbre. Pero el Señor les mandó que le trajeran los cinco panes y los dos peces, y bendiciéndolos los multiplicó, de tal manera, que todos los presentes, que eran más de cinco mil personas, comieron cuanto quisieron, y todavía sobraron doce canastas de rebojos.

—Eso, eso... Y creo que estaba allí muy cerca el tío Fonsín, que siempre se iba á la capilla mayor y se solía sentar en un banco que había mismamente junto á la escalera del púlpito, enfrente de la puerta de la Sacristía. Porque, como de rapaz había andado al estudio y entendía algo de latín, era muy

aficionado á hacer de sacristán; y ya se sabía, en cuanto faltaba un día el mayordomo, el tío Fonsín sacaba la cruz en el *Asperges*, y en la procesión si la había; el tío Fonsín encendía las velas; el tío Fonsín las apagaba; de modo y manera que casi venía á ser mayordomo perpetuo... Y como le digo á usted, estaba *pedricando* el señor cura sobre la multiplicación milagrosa de los panes y los peces, y empezó á ponderar mucho el poder de Nuestro Señor Jesucristo, que había hecho un milagro tan grande; y como se le solían pasar las cosas, con el calor con que estaba hablando cambió las especies ó los números, diciendo:

—¿Quién vió jamás una maravilla como ésta? ¿Quién imaginó siquiera prodigio semejante? ¿Quién obró milagro tan estupendo como el que hizo aquel día Nuestro Señor Jesucristo, que con *cinco mil* panes y *dos mil* peces dió de comer cuanto quisieron á *cinco* personas?

—Eso también lo hacía yo,—diz que dijo por lo bajo el tío Fonsín, que, como he dicho á usted, estaba allí cerca.

Pero no lo dijo tan bajo que no lo oyera el señor cura, el cual advirtió entonces la equivocación que había padecido, si bien suponiendo que los feligreses la habrían salvado mentalmente en el acto, por tener ya de antemano conocimiento del hecho

milagroso, no se detuvo á deshacerla, y siguió adelante con sus reflexiones.

Y así quedó la cosa aquel día. Pero el señor cura estaba algo resentido de la ocurrencia del tío Fonsín, porque temía que como la había oído él, la hubieran oído también algunas otras personas; y porque, de todos modos, era una irreverencia y una falta de respeto á él y al sagrado lugar en que estaban, y se conoce que debió de decir entre sí: «para el año que viene te espero».

Y efectivamente, se la tuvo guardada.

Pero al año siguiente sucedió que en aquel domingo, que creo que es el cuarto de la Cuaresma, no pudo *pedricar* el señor cura en misa por tener que doblar en Vill-oscura, que está allí cerca, como usted sabe, y el señor cura de allí estaba enfermo; y teniendo el nuestro que ir á decir allí misa, le pareció que si *pedricaba* como de costumbre en su parroquia, les iba á hacer esperar demasiado á los de la otra; pues era muy mirado para estas cosas, y más quería molestarle él que molestar á los feligreses en lo más mínimo...

Pero por la tarde, á la entrada del rosario, solía preguntar la doctrina á los rapaces, dando tiempo á que fuera llegando toda la gente, y aquel día se entretuvo algo más, y dijo que iba á explicar el Evangelio, ya que no lo había podido hacer por la ma-

ñana, por tener que ir á decir misa á Vill-oscura.

Y volvió á hacer la explicación del milagro de los panes y los peces, teniendo cuidado de decirlo todo bien. Contó el caso lo mismo que lo dice el Evangelio, y habló de la caridad que le movió al Señor á dar de comer á los que habían acudido á oírle, tomando de allí ocasión de recomendar mucho á los feligreses la caridad para con los prójimos, especialmente para con los pobres necesitados, pues por socorrerlos había hecho el Señor una obra tan maravillosa... Y habló también de la rudeza de los discípulos, que aunque habían presenciado ya otros milagros, todavía no creían posible dar de comer á tanta muchedumbre en aquel despoblado.

Y pareciéndole aquélla buena ocasión para abatir la soberbia del tío Fonsín y reprender su irreverencia del año anterior, hizo las mismas reflexiones sobre la grandeza del poder de Jesús, que con solos *cinco* panes y *dos peces* había dado de comer á más de *cinco mil* personas. Y dirigiéndose entonces á aquel tío, que, como todos, le estaba escuchando, le dijo con mucho retintín...:

—¿Y esto lo haría usted también, tío Fonso?

—Sí, señor, sí: también lo hacía,—contestó el tío Fonsín tan campante.

—¡Hombre!—le replicó el señor cura muy incomodado.—Me pasma la osadía... ¡Vaya una audacia! ¿Con que usted sería capaz de hacer lo mismo que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, Rey de Cielos y tierra, que crió de la nada todas las cosas?... ¡Está bien! Eso no lo debe usted decir ni en broma, porque es una falta de respeto á su párroco, y además no se debe hablar en broma tratándose de cosas santas.

—No, señor; es que no lo digo en broma, que lo digo de veras.

—¿Pero está usted loco? ¡Lo dice usted de veras!... ¿Con que para usted es cosa fácil de repetir la obra maravillosa que sólo pudo hacerse por la Divina Omnipotencia? ¿Con que usted con cinco panes y dos peces daría de comer á cinco mil personas todo cuanto quisieran?...

—Pues sí, señor—insistió el tío Fonsín:—lo haría muy fácilmente... con las sobras del año pasado...

—Es verdad...—dijo sonriéndose dulcemente el señor cura, que en un momento había dominado su enojo,—es verdad. Porque no habiendo dado de comer el año pasado más que á cinco personas con cinco mil panes y dos mil peces, tuvo que haber sobrado muchísimo.

—¿Verdá usted que tiene chiste la cosa?—me dijo Juan al concluir su cuento.

—El público lo dirá—le contesté.—Porque lo voy á dar á la imprenta.

—¡Ay que colle!... Entonces para eso andaba usted ahí escribiendo con lápiz, en la orilla de ese periódico...

—Para eso.

HISTORIA DE UNA RODAJA DE SALCHICHÓN

(CONTADA POR ELLA)

Hacia una temporada que no veía yo á mi primo el Conde de V..., porque como él es poco visitador y yo menos, aun queriéndonos de verdad, no solemos vernos con frecuencia.

Un domingo del mes de Junio, el de la Santísima Trinidad señaladamente, me había yo ido á misa de doce á San Jerónimo, y á la vuelta subía por la calle de Alcalá rompiendo á duras penas la corriente cursi que bajaba hacia la exposición semanal de trapos y pinturas instaladas á tales horas en el Paseo de Recoletos, cuando sentí que por detrás me echaban sobre los hombros unos brazos robustos, cuyas manos extendidas me taparon los dos ojos á un tiempo.

—¡Hola, Juanito!—dije sin dudar un instante.

—¡Hombre!... ¿Cómo me has conocido?

—me dijo él con asombro patente, destapándose los ojos y viniendo á ponerse á mi lado.

—¿Pues no te había de conocer, criatura?—le dije.—¿Quién, no siendo tú, me podía saludar de esa manera?

—¡Ah! Eso es decir que no tienes ningún otro pariente ni amigo tan informal como yo, ¿verdad?

—Tan hazañero, tan... de buen humor... y Dios te le conserve... Eso prueba que eres dichoso.

—¡No lo creas! Es así mi genio; lo demás, ahora precisamente no soy muy feliz, no estoy á gusto... Y me alegro de haberte encontrado, porque voy á ir á almorzar contigo... Sigues en el hotel, ¿sí?

—Sí, hombre, allí sigo; y ¡yo sí que me alegro de veras de encontrarte con tan buenos propósitos!

—Estoy solo, ¿sabes? y me aburro muchísimo en casa; porque ya ves, el refrán lo dice: un ánima sola ni canta ni llora.

—¡Claro; cuéntamelo á mí, que estoy así siempre!... Pero ¿dónde tienes á Dolores?

—Está ya en Valnevado con los niños hace quince días, porque el pequeño, Juanín, no estaba bueno, y el médico no callaba que le sacáramos, que le sacáramos cuanto antes de Madrid; y como yo no pue-

do faltar de aquí hasta mediados del mes que viene, se marchó ella con los niños, el criado y la doncella, y me dejó solo con la cocinera, que también se la podía haber llevado, porque maldito si me sirve de nada, pues apenas como... Vamos, es una cosa que no puedo. Acostumbrado á aquella deliciosa algarabía de cuando están los chicos... no puedo sufrir esta soledad y este silencio... Muchas veces me he acordado de tí diciéndome: ahora estará aquél almorzando en aquel comedor tan alegre...

—¿Y por qué no venías siempre que te acordabas?... Has hecho muy mal; porque además de haberte librado tú de estar solo, me hubieras hecho á mí estar bien acompañado.

—Muchas gracias, hombre...

Llegamos al hotel, entramos en el comedor; nos sentamos uno enfrente de otro á los lados de una mesita pequeña, y vino en seguida un camarero con la lista.

—¿Va á almorzar también el señor Conde?—me preguntó.

—Sí, le respondí; y alargué la lista á mi primo diciéndole:

—Elige.

—No, lo que tú quieras—me contestó:—ya sabes que me gusta todo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—A mí también... De suerte que lo que tú quieras...

—Este hotel—dijo Juan tras de unos momentos de silencio dedicados á pasear la vista por las mesas,—será como todos los hoteles caros... Buenos manteles, buenas copas, mal vino... y así sucesivamente.

—Beberemos Rioja-Alta,—le dije para tranquilizarle sobre su última indicación.

—No, no ha de haber extraordinarios... Me he convidado con esa condición, aunque no la expresara...

Como ni él ni yo hacíamos papel á leer la lista, cuando el camarero volvió con el pan, el vino y los entremeses, comenzó á recitárnosla.

—Tienen los señores tortilla de espárragos... ó huevos fritos, ó como los señores los quieran.

—Bueno, la tortilla,—dijo Juan.

—Luego, riñones al jerez.

—Excelentes—añadió mi primo,—¿verdad?

—Sí, al señorito también le gustan—dijo el camarero interpretando mi conformidad; y siguió diciendo:—De pescado hay langostinos y merluza frita, que creo que está muy buena.

—Pues cualquiera de las dos cosas.

—Y luego chuletas de ternera, ó de cordero, ó biftec ó entrecot ó fiambres, jamón en

dulce, lengua á la escarlata, pavo trufado...

—Bueno: vete trayendo los primeros platos, y luego ya veremos,—le dije yo, con lo cual se fué hacia la cocina.

Mi primo se quedó mirando atentamente las cosas que el camarero había dejado sobre la mesa, que eran: una botella de vino inclusero, sin más etiqueta que la del hotel, que ciertamente no tiene viñas; dos panecillos de Viena de los llamados de barra, y dos conchitas de porcelana, una con un par de docenas de aceitunas muy chicas y bastante viejas, y otra con unas cuantas rodajas de salchichón ennegrecidas y sudorosas y un poco más viejas que las aceitunas.

Luego le ví coger una de aquellas rodajas.

—Estará muy duro,—le iba á decir; pero desistí de ello al ver que no la llevaba á la boca, sino al oído, y que se quedaba como escuchando.

—¿Qué haces, figurero?—le dije; pero no me contestó más que con un gesto y un movimiento de la mano que tenía libre extendiéndola hacia abajo como diciendo:

—Espera y calla.

Así estuvo un buen rato hasta que vino el camarero con la tortilla, y entonces, volviendo á posar la rodaja en la entremesera, me dijo muy serio:

—Ya conoces mis aficiones arqueológicas: sabes mi manía de interrogar á todo lo antiguo. Bueno, pues pareciéndome que estas rodajitas tenían una respetable antigüedad, he querido preguntar á una de ellas, que en efecto me ha contado su historia, verdaderamente rara y llena de vicisitudes. Oye, oye:

«Puedo comenzar—me ha dicho—la narración de mi larga existencia con aquellas mismas palabras con que empezó Cervantes la historia del cautivo:—*En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje, etc.*; porque allí también tuvo principio el mío.

»Allí, en aquella montaña, en un valle que llaman Valdosín ó Val-d'Osín, quizá porque antiguamente cogieran en él algún oso pequeño (y recomiende usted á la Academia esta etimología, que no es peor que las suyas), en una mañana fría del mes de Abril, nació un potro negro, paticalzado de tres y con una estrella en la frente.

»Y riase usted del refrán que dice:

De una, buena;
De dos, mejor;
De tres, mala;
De cuatro, peor.

»Porque aquel potro, á pesar de sus cua-

tro señales, fué un bicho excelente, aunque no sea mío el decirlo.

»Un rapazuco morrinoso y desfarrapado que estaba de pastor aquel día, bajó al pueblo á llevar las albricias al ama de la yegua.

»—Tía Rosa—dijo á la mujer, que estaba sentada á la puerta de casa hilando una rocada de estopillas:—la su yegua parió un potro.

»—¡Jesús! hijo, más quería una potra—le contestó ella;—pero San Antonio le guarde, que no dejará de venderse bien, porque es de los caballos del Gobierno... Toma, Colasín, toma,—añadió dando al rapaz una torreja de pan de centeno con una tajada de manteca extendida encima.

»—Dios se lo pague, y San Antonio se los guarde de mal,—la dijo él; y se volvió para el monte tan contento.

»Y... para que se vea si da vueltas el mundo: aquel rapaz ha estado aquí comiendo, hace poco, hecho un señor, fuera del alma... y del cuerpo, que tampoco le tiene fino; pero, vamos, con dinero y con buena ropa. Por cierto que me tuvo en la mano y no me quiso comer porque le parecí dura, cuando en otras épocas hubiera comido clavos...

»Aquel potro le compró de quinceno en León, en la feria de San Juan, un tratante

manchego que dió por él cincuenta napoleones, para volver á venderle poco después en noventa y cinco á un recriador extremeño en la feria de Almagro.

»Después de haber pasado un par de años tirando la pierna en la dehesa, fué llevado á la feria de Plasencia, donde le compró un truchimán de esta corte en seis mil reales.

»Le trajo á Madrid, y *me* trajo, porque no le debo ya ocultar á usted que en aquel potro estaba yo, que de él era parte *integrante*, ó parte integrante, pero, en fin, de junto á la cola, y emparejándome con otro de igual talla, pelo y valor, nos vendió en tronco á un marqués nuevo en seis mil setetas.

»Verdad es que éramos un tronco que llevaba la vista.

»Fuera del trabajo que nos costó aprender á tirar, que no fué mucho, pasamos buena vida en aquella casa. El marqués había sido arriero en su mocedad y conservaba cariño á las caballerías. De manera que á menudo nos visitaba en la cuadra, nos pasaba la mano por el lomo, y siempre encargaba á los cocheros que echaran bien de comer al ganado. Así nos llamaba él por antigua costumbre y cometiéndome en ello su poco de figura retórica de atenuación, porque en rigor gramatical no éramos gana-

do, sino *robado*, pues lo era el dinero que había pagado por nosotros.

»Sobre este punto contaba y no acababa el cochero, instruido por el ama de llaves; pero, en fin, allá el amo daría cuenta á Dios de sus rapiñas, que para nosotros todo iba bueno.

»Lo malo fué que duró poco.

»Tenía el marqués dos hijos muy calaveras, investidos sin duda con el encargo providencial de esparder malamente lo que malamente había él amontonado, porque ya se sabe que los bienes mal adquiridos nunca duran tres generaciones. Aficionados á todas las modas y á todos los vicios, mucho antes de morir su padre tenían ya contraídas deudas por más de la mitad de lo que habían de heredar yendo bien las cosas; y cuando murió, que fué á los pocos años de haberle nosotros conocido, lo primero de que cuidaron fué de proveerse de nuevos carruajes, nuevos troncos... y nuevos acreedores.

»Hubimos de dejar el sitio á unas yeguas inglesas, y fuimos trasladados á la cuadra de un alquilador de coches de lujo, que pagó por los dos ocho mil reales, menos de lo que valía uno.

»Allí no fuimos ya tan bien tratados, y eso que el alquilador no era mucho menos rico que el marqués, y para marqués

iba, y creo que llegó con el tiempo. Pero no nos tenía la afición que el otro, no nos visitaba, y el tuno del cochero siempre nos daba un poco menos de la mitad del pienso que cobraba del amo.

»Tenía éste contratado el servicio de coches para los ministros, de modo que mi compañero y yo nos cansamos de llevar ministros á Palacio, á la Presidencia y... á otras partes... Como que era en aquella época en que de los siete ministros moderados ¡moderados habían de ser! ninguno vivía con su mujer respectiva como Dios manda... Lo cual fué ocasión de que un diplomático extranjero nuevo en Madrid, que había llevado á su mujer á una comida de Palacio, se asustara al ver que ninguno de los ministros llevaba la suya, y creyera que aquí no era costumbre y que había él cometido una torpeza, pasando el pobre muy mal rato, hasta que le enteraron de las cosas.

»¡Cuántas y qué buenas fueron las que aprendí yo entonces!

»Mi pobre compañero se murió de un torzón que cogió por pasar toda una noche, muy fría, por cierto, en la calle del Lobo, esperando al Ministro de la Gobernación, que velaba sin duda por el orden público.

»Quedéme de non; y como estaba ya también muy desmejorado con los años y los Consejos de ministros, el opulento al-

quilador me vendió en dos mil reales al modesto dueño de un coche de punto.

»Años y años tiré de un *simón* ignominioso, arrastrando gente plebeya y pobre (no siendo una vez que llevé al Duque de Montpensier, á quien lo de pobre no le comprende), trotando por las pendientes y mal empedradas calles de la villa, bajando á las estaciones disparado, subiendo de ellas rendido con la carga muy desproporcionada al pienso, y aburriéndome, cuando no, en las paradas, donde tenía que escuchar las necesidades que se dicen los cocheros unos á otros, como en las carreras tenía que escuchar las maldiciones de los transeuntes.

»Se me iba haciendo la vida muy pesada, cuando me salieron esparavanes, me puse cojo, y no sirviendo ya ni para tirar de la desvencijada berlina de alquiler, determinó mi dueño deshacerse de mí á cualquier precio, y me hizo pasar por veinte duros á poder del contratista de la Plaza de Toros.

»El primer día que me tocó salir, no tuve novedad. Me montaba un reserva muy tuno, que, para no ir al toro, hacía como que yo no quería andar, y era él que me tiraba del freno. Otras veces se iba á buscar al toro donde no estaba, y dando luego á la plaza una vuelta en redondo, hacía tiempo para que volvieran á salir los de tanda nuevamente montados, y les cedía el puesto.

Sólo una vez, sin querer y aun sin poderlo remediar, se encontró con el toro y no tuvo más remedio que hacerle frente; pero sacó más de tres varas de pica, y, es claro, el pobre toro se escupió sin llegarme al pelo ni con mucho.

»Mas al domingo siguiente, en una corrida de *miuras* salí al sexto toro, que se llamaba *Chocero*, el que luego mató á Yusio, y de la primera cornada me partió el corazón por mitad del medio.

»Me arrastraron como á los otros, y desde el corral dijeron que nos llevaban al quemadero municipal... pero ¡qué habían de llevarnos!... De mí sé decir que me desollaron cuidadosamente, enviando el pellejo á una fábrica de curtidos para ser convertido en *becerro mate*. Después fueron cortándome las nalgas, los lomillos, todo lo mejor, echándolo en una cesta grande que luego, entre las sombras de la noche, fué conducida á una fábrica de embutidos que había en la Ronda de Valencia. Allí me picaron en jijas, me sazonaron de sal, y poniéndome algunos granos de pimienta, me metieron en las tripas anchas de una vaca vieja, recubriéndolas luego de papel de estaño y atando al extremo de cada una de ellas, con un bramante, un sello de plomo con el nombre de un fabricante de Lyon muy acreditado...

»Unos días después estaban colgados aquellos salchichones de Lyon (ó de León) en el escaparate de una lujosa tienda de comestibles finos en una de las calles céntricas de esta corte.

»Dos de ellos los compró el dueño de este hotel hace unos once años y medio, cuando acababa de abrirle al público. El jefe del despacho los cortó en rodajitas... Una de ellas fuí yo... y digo que fuí, porque ya con los años no soy ni mi figura. Entonces estaba verdaderamente apetitosa... ¡Si me hubiera usted visto!...

Crea usted que si el primer día que salí al comedor no dejé de existir, fué porque me tocó ir á la mesa de unos recién casados provincianos, de esos que habiendo ahorrado á fuerza de privaciones cincuenta duros, vienen á Madrid á pasar un cuarto de luna de miel... ó más bien á hacer los babiecas, pues no cuidan de comer ni de nada más que de mirar el uno para el otro...

»Muchas de mis hermanas fueron almorzadas aquel mismo día por otros huéspedes menos bobalicones, que se chupaban los dedos.

»Mas era verano, hacía calor, aquella tarde sudé mucho, se me secó el sudor ennegrecido, y por la noche salí ya de muy mal aspecto. Nadie entró en ganas de comerme. Y á otro día, menos: no es menester decirlo.

»Desde entonces llevo saliendo todos los días dos veces y volviendo á entrar otras tantas, sin que nadie me toque.

»Es decir, tanto como nadie...

»Un embajador moro me cogió una vez para llevarme á la boca; pero me volvió á posar en seguida, porque hubo quien le dijo que yo era de cerdo. ¡Con qué serenidad calumnian algunas personas!

»Varias de mis compañeras han ido sucumbiendo á la voracidad de otros provincianos que no son novios, sino miembros de Comisiones municipales ó provinciales que suelen venir, cuando cambia el Gobierno, á pedir mejoras, según dicen, para la localidad ó la provincia, pero realmente á darse buena vida unos días á costa ajena, comiendo como sabañones.

»Otras varias han sido vendidas con otros comestibles antiguos, al dueño de otro hotel más humilde, donde al principio tuvieron gran aceptación; mas pasada la novedad de los primeros días, cayeron también allí en desprecio y nadie las decía nada...

»Ultimamente he sabido que muchas de ellas se las ha comprado al dueño de ese otro hotel un zapatero remendón que trabaja en un portal cercano al Instituto de San Isidro, para echar tapas á los tacones de las botas de los estudiantes, obteniendo gran resultado.

»Las tapas son eternas, según parece.

»Y no será extraño que el laborioso artesano, en vista del buen éxito, se venga por aquí á hacer otra compra y tengamos todas el mismo paradero.»

.....
—Fuera de broma—me decía mi primo al salir del comedor con dirección á mi cuarto,—la verdad es que no saben lo que hacen estas gentes queriendo economizar en ciertas menudencias... Ya ves: nos han dado un almuerzo de primera... ¿Qué les costaba ya habernos dado una botella de vino de buena marca y un poco de salchichón fresco y legítimo?